

FOTOS DESDE DE LA NECESIDAD

Juan Manuel Díaz Burgos
Cartagena. Diciembre de 2012

Mi querida madre me dio a luz un día de noviembre de 1951, en el número 19 de una calle muy especial de Cartagena, hoy desaparecida, pero ayer, tremendamente viva. Mi infancia, parafraseando al poeta, son recuerdos de una calle luminosa, bulliciosa y tremendamente viva, donde habitaban en su mayoría gentes trabajadoras, honestas y humildes, en unos tiempos durísimos en los que hombres y mujeres luchaban día a día por salir del oscuro y horroroso túnel que la vida, y lo que no es la vida, les deparó.

Una calle que lleva por nombre, del Ángel. La misma se eleva en una pendiente que va desde la castiza Plaza del Lago, hasta buscar un horizonte que culmina en una amplia replaceta donde conviven tres edificios históricos, la vieja plaza de toros, el antiguo Hospital Real, y el antiguo cuartel de Antiguones, hoy convertidos estos dos últimos en Universidad Politécnica, los dos asomados a una de las bahías más bonitas de todo el arco Mediterráneo, y como no, a su puerto. En estas condiciones, doy mis primeros gritos a la vida, oliendo a mar, escuchando de noche el graznido de las gaviotas, junto a las graves bocinas de los barcos entrando o saliendo del puerto. No sería entonces descabellado pensar que desde niño, aquel espacio se convirtiera para mí en algo fantástico y mágico. Mis escapadas acompañado de mis queridos amigos para jugar al fútbol a esa replaceta, para después bajar por otra empinada cuesta, la del hospital hasta dar con el muelle del carbón y la pescadería; eran cotidianas. El objetivo era adentrarnos en un espacio en donde solían instalarse unas atracciones con sus coches eléctricos, norias y demás inventos que hacían las delicias de los más chicos hasta los adolescentes, y al que los cartageneros siempre hemos conocido como *“los caballitos”*. Un paseo que necesariamente estaba condenado a terminar en el muelle de Alfonso XII, auténtico escaparate del puerto cartagenero y en donde convivían, pescadores de caña, paseantes y militares y donde la principal atracción dominguera era ver aquellos destructores españoles, los llamados *“cinco latinos”*, que en infinidad de ocasiones descansaban en el mismo pretil del muelle.

Es ahora, después de medio siglo de aquellas vivencias cuando despierta el deseo en mí, de hacer un recuento de ese pasado y unirlo a un presente evidentemente diferente en muchos aspectos, pero no tan lejano en otros. Y lógico es que lo haga a través de la herramienta con la que más a gusto me puedo expresar, la imagen. Así pues este trabajo es un homenaje a mi tierra y a mi infancia con el recuerdo inseparable a mi familia.

Como fotógrafo, es todo un reto plantear un proyecto en un espacio donde son innumerables las veces que mis ojos lo han contemplado, pero ese *“cansancio”* por conocido, lo hace aún más deseable. Uno es quien es y se va formando a través de aquellos que nos antecedieron y que nos dejaron un camino y una enseñanza. Y si nos referimos a aquellos que se dejaron igualmente enamorar por este puerto y esta tierra la relación es amplia y rica en el tiempo.

Desde los históricos, Levy, Clifford, Laurent, Roisin o, Diezaude por citar unos pocos, pasando por los pioneros que se establecieron en nuestra ciudad, Banet, Candela o Linares, a otros que viniendo de diferentes comunidades, dejaron constancia igualmente de su presencia histórica, como la que realiza Campua fotografiando al Rey Alfonso XIII en 1903, o la del fotógrafo de la Casa Real, Francisco Goñi, que junto a M. Salvador, dejan información gráfica del encuentro de las familias reales española e inglesa en la misma bahía cartagenera. Seis años después, el más grande de los fotógrafos de la época, el madrileño Alfonso, inmortalizó al Presidente de la república francesa, Raimond Poincaré, junto a la familia real española, y como escenario, nuestro puerto. Capitulo aparte merece la figura de José Casaú, el más significativo e importante fotógrafo de las décadas treinta a cincuenta en nuestra ciudad.

Ahora después del tiempo pasado, los espacios y las personas como si de un calidoscopio se tratara, han cambiado buena parte la fisonomía de este paisaje. Aquellos muelles y viejos tinglados se han transformado, y aquellos lugares se han abierto a una Cartagena más moderna y en donde se han dado cita, edificios que hoy son bandera y orgullo de nuestra ciudad. Auditorio y Palacio de Congresos, Museo de Arqueología Subacuática (ARQUA), Club de Regatas, Museo Naval, Universidad Politécnica, ubicada en antiguos edificios dedicados años atrás a la actividad militar y situados a escasos metros del Mediterráneo. Los nuevos muelles de cruceros y de carga, en Santa Lucía y San Pedro, y por extensión, la importantísima obra de ingeniería llevada a cabo en los nuevos muelles comerciales del valle de Escombreras y Refinería de petróleo. Sin olvidar el cambio de imagen en los dos símbolos más importantes del puerto desde su vertiente histórica, el Arsenal Militar y la empresa de construcción de buques Navantia, antigua Bazan.

Todo esto sumado a lo expuesto anteriormente hace de este espacio un referente histórico nacional en esta ciudad, cantado y alabado por multitud de personajes famosos. Puerta de entrada al mestizaje y a la cultura, tan antigua como importante en el devenir de la formación política de nuestro país. Ave Fénix que ha sucumbido a mil batallas y por el que han navegado en el tiempo, Asdrúbal, Escipión, Aníbal, Andrea Doria, Isaac Peral, o Polibio, y hasta el mismo Cervantes, a su regreso a España después de combatir al turco. Testigo presencial de la ida y vuelta del Rey Alfonso XIII, Base de Galeras, Salida de judíos y moriscos expulsados por España y capital de la zona marítima de todo el Mediterráneo español, son motivos suficientes para que a este fotógrafo nacido a pocos metros de donde el muelle frena el agua, se le ocurra dedicarle tres años de su vida a pasearlo de manera especial y obsesiva con la intención de captar como después de más de tres siglos de vida, este espacio aún convive y habita en paz y armonía con sus moradores, y lo que es más importante, los sigue enamorando.